

LA SUBVERSION DEL SUBDESARROLLO



Doctor BELISARIO BETANCUR

Conferencia dictada a la Junta Interamericana de Defensa,
con motivo de su visita a Colombia.

“El desarrollo es la bandera del Siglo XX así como la libertad fue la bandera del Siglo XIX”.

Josué de Castro, (Discurso en la Conferencia de los 77, en Argel octubre de 1967).

1 — Agentes personales y agentes impersonales de la Subversión.

Subdesarrollo y subversión son, en nuestro tiempo, dos fenómenos que se corresponden estrechamente.

Si en el siglo XIX la subversión, según las palabras del Manifiesto Comunista, recorría como un fantasma a toda Europa, en el siglo XX ese fantasma frecuente con marcada preferencia las zonas atrasadas del globo, a semejanza de nuestros espantos fa-

miliare que sólo salen en los caserones de provincia y que parecen poder soportar la luz artificial de las ciudades.

Así, mientras que los dirigentes comunistas más ortodoxos de los países avanzados hablan hoy de frentes populares, de vías electorales hacia el poder y de evolución pacífica hacia el socialismo, la vía insurreccional sigue pareciendo aún importante de los revolucionarios del tercer mundo como la más expedita, la más recta y la más eficaz.

No se puede negar el grado de verdad de esta apreciación: París no conocerá nunca otra Comuna, pero no puede descartarse que América conozca una nueva Cuba.

El desplazamiento de la subversión hacia las zonas periféricas no se debe a que los elementos subversivos hayan

escogido porque sí, estas zonas, como teatro de sus actividades. La subversión no es exclusivamente la obra de un puñado de individuos, sino que es el producto de un conjunto de condiciones objetivas —políticas, económicas y sociales—. Donde estas condiciones no son propicias a la subversión, los elementos subversivos difícilmente surgen, y cuando irrumpen como agentes foráneos la sociedad los aísla del modo natural como un cuerpo sano enquistado una partícula invasora. Donde aquellas condiciones favorecen el desarrollo de la subversión, los elementos

BELISARIO BETANCUR

Abogado, Especialidad: Sociedades, controles monetarios, Estados Unidos.- Nació, Amagá, Antioquia, febrero 4, 1923. Esposa: Rosa Elena Alvarez, quien cumple el 13 de Noviembre. Hijos: Beatriz, Diego, Clara. Bachillerato, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín; grado, 1942; Estudios profesionales, en el mismo Instituto; doctorado, 1947. Tesis: "El Orden Público Económico". Especialización en sociedades en la misma Universidad y de controles monetarios en los Estados Unidos.

Ha sido: Abogado del Ministerio de Educación, 1948; Diputado a la Asamblea de Antioquia, 1945-47 (siendo aun estudiante) y 1949-51; miembro de la Cámara de Representantes, 1951-53 por Antioquia y 1953-55 por Cundinamarca; senador, 1958-62; Presidente Directorio Nal. Conservador (sector doctrinario), 1959-60. Fue redactor y luego director y gerente de "La Defensa", Medellín; fundador del semanario "La Unidad", 1954 y de la revista "Prometeo"; Sub-Director de la revista "Semana", 1951, Director de "El Siglo", Bogotá, 1953. Prof. de Derecho Internacional Privado, Derecho Constitucional y Problemas Colombianos, Universidad Nal. de Colombia y Universidad La Gran Colombia; Decano de la Facultad de Derecho de la última. Presidente del Senado de Colombia, 1958-60; miembro de la Asociación de Asuntos de educación, salubridad y trabajo de esa corporación.

Idiomas: Latín, Griego, Inglés y Francés. Deportes: Fútbol, Ajedrez, Ping pong y Tenis. Países visitados: Venezuela, Estados Unidos, México, Panamá, España, Portugal, Francia, Italia, Yugoslavia, Austria, Hungría, Checoslovaquia, Alemania, Suiza, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Inglaterra. Gabinete: Carrera 8ª N° 13-42 - Oficina 503 - Apartado Aéreo 6166 - Bogotá.

Tomado del Libro *Quien es quien en Colombia* - Tercera Edición - 1962 - 1963 (Página 21).

subversivos se multiplican espontáneamente a la manera como un organismo débil sirve de caldo de cultivo para toda clase de virus y bacterias, y al mismo tiempo, atraen la acción de los elementos políticos internos y de los extranjeros que sospechan ese escenario como apto para la subversión.

Bajo este enfoque, la procedencia de los agentes subversivos aparece como un hecho secundario: ya sea que provengan del interior de una sociedad dada, ya sea que provengan del exterior, la eficacia de sus actividades depende de que las condiciones objetivas les sean o no les sean propicias.

En una sociedad sana y vigorosa, las fuerzas subversivas se convierten en elementos extraños, aunque sean nativos del país o aunque sean extranjeros tocados con la chispa del genio, como ocurriría a Lenin si actuara ahora en la sociedad igualitaria de Inglaterra o Suiza.

Un orden social viciado y enfermo "nacionaliza" a los elementos subversivos, por más que sean extranjeros de nacimiento, como ocurrió con el Comandante Guevara en Cuba y entre los indios bolivianos.

Si el subdesarrollo es hoy el teatro preferido de la subversión, no es por obra de los elementos subversivos. Es al revés: es que los elementos subversivos operan hoy de preferencia en el subdesarrollo, por obra y razón del subdesarrollo, por la receptividad que ofrece a la subversión.

Digamos de una vez que el subdesarrollo es altamente subversivo.

Esta afirmación, a primera vista exagerada, resulta menos dudosa si se considera que los agentes de la subversión no tan sólo los individuos que se dedican a organizar y promover la insurrección, sino que existen otros agentes, mucho más importantes, de orden principalmente socio-económico.

Los individuos considerados como

los **"agentes personales o subjetivos de la subversión"** actúan por razones de política interna o internacional pero en última instancia sólo operan como vehículos de los **"agentes impersonales u objetivos"**, constituídos éstos por factores políticos, económicos y sociales.

Este planteamiento del problema implica un sinnúmero de consecuencias.

Limitándonos a las principales:

Implica que el combate contra la subversión no puede dirigirse tan sólo contra los individuos que la promueven sino, que fundamentalmente debe atacar a los **"agentes impersonales"** que representan la raíz del mal.

Implica, por consiguiente, que para erradicar positivamente la subversión es necesario brindar a la sociedad otras alternativas de cambio, menos azarosas que las que le ofrecen los insurrectos, pero no menos ambiciosas en sus objetivos.

Implica, finalmente, que el subdesarrollo, como tal, nada tiene que hacer frente a la subversión, está indefenso ante ella puesto que la segrega con su propia realidad.

Es por ello por lo que, la lucha contra la subversión en el subdesarrollo, se identifica con la lucha contra el subdesarrollo mismo.

2 — América Latina, la retorta hirviente.

Pero, qué entendemos por subdesarrollo?

Si no definimos qué es el subdesarrollo podría en efecto pensarse que, cuando decimos que sólo superando el subdesarrollo se puede erradicar la subversión, estamos suponiendo que esta última nos acompañará hasta que los pueblos del tercer mundo se conviertan en naciones avanzadas.

Pero el subdesarrollo no es con concepto cuantitativo sino cualitativo. Así, Colombia no es subdesarrollada sola-

mente porque apenas produzca determinado número de alimentos o manufacturas, porque sólo tenga determinado ingreso per cápita o porque el rendimiento medio de sus trabajadores no supere determinado nivel. De ser así, estaríamos en la etapa en que los países avanzados de Europa estuvieron por allá en el siglo XVIII, y el término de subdesarrollados que se nos aplica podría asimismo aplicarse al pasado de aquellos países.

Sin embargo, la realidad es otra. El subdesarrollo no designa un momento inicial de atraso en el camino hacia el desarrollo, sino que es problema estructural, un sistema que desconocieron todos los países avanzados de Europa y que puede a la vez definirse como una forma de dependencia en relación con el extranjero y como una estratificación económica interna, agrícola e industrial.

En efecto, en América Latina nos corresponde operar de uno u otro modo en una sociedad en la cual siete de cada diez hombres luchan a brazo partido para apenas sobrevivir. Es tan adverso nuestro itinerario que tenemos que correr a todo el tren que den las piernas no para avanzar sino para quedarnos donde estamos. No se plantean en América los grandes y sofisticados problemas de las naciones desarrolladas con respecto a las relaciones entre el capital y el trabajo; ni siquiera existe una clase obrera estructurada que constituya porcentaje apreciable de la mano de obra disponible porque el mercado de trabajo se inunda cada mañana con torrentes de brazos no calificados que rompen hacia abajo, en demérito de sus dueños, toda previsión sobre aquel capital variable.

En esta región se lucha todavía con dramatismo en una brega por impedir que la ley de la selva con todos sus horrores, haga presa de la sociedad

en proceso de formación. Por ejemplo, disimulada detrás de los memoriales suntuosos de raíz hispánica, se soslaya una cruenta batalla por el reconocimiento de derechos humanos elementales que a veces crisan a quienes los oyen resonar porque creen que son no lo que son, un simple reclamo de hombres en la miseria para hombres en la opulencia, sino lenguaje dictado por los chinos y los rusos. Lo cual a veces es cierto. Enviamos soldados a combatir en tierras lejanas por el reconocimiento de aquellos derechos, unas veces en Italia contra el totalitarismo nazi, otras en Corea contra el totalitarismo comunista, siempre en nombre de la cultura occidental y de la civilización que la transporta, pero lo hacemos en una fuga mental para ocultar el hecho de que en América Latina la práctica de esa cultura y esa civilización difícilmente ha servido para algo distinto que para olvidarse de la suerte oscura de millones de hombres.

Somos una retorta hirviente de la que puede predicarse todo, o el naufragio o la esperanza: una retorta en que alternan en el mismo sitio, a la vista de los mismos ojos, la residencia fastuosa con la fabela miserable; el gran barrio de mármoles y la callampa mugrienta; el industrial lúcido con el enriquecido por el proteccionismo y la inflación; el obrero que lo espera todo de Marx y Lenin o de la Santa Madre Iglesia y no de su productividad, del que ha entendido cabalmente la misión de una clase obrera unida y responsable; el líder de la comunidad anclado en privilegios mohosos y convencido de que las chispas revolucionarias que arden por el mundo entero van a pasar impávidamente por su litoral sin tocarlo, con el que quiere un cambio social pronto

que abra el repertorio de oportunidades de la democracia a núcleos cada vez más grandes de gentes.

Y crecemos atropelladamente, inefigablemente: hasta 1959 la región creaba más alimentos que seres nuevos, pero desde entonces los efectos del hambre latinoamericana cumplen una tétrica función de eutanasia a la que se asocian, con el drama doloroso del hambre oculta, el conformismo, la fatiga, la inestabilidad política, otra vez la procreación de nuevos seres que aumentarán la inestabilidad, el bandolerismo de todos los tipos, el mesianismo. La mortalidad infantil en América Latina, es de cinco o ocho veces mayor que en los países desarrollados: en Estados Unidos y el Canadá el 8.3 de las defunciones corresponden a niños menores de cinco años, en tanto que en nuestra región aquel porcentaje asciende al 44.4%, lo que quiere decir que los engendramos por el placer implícito en hacerlo, pero para matarlos inmediatamente después. En Brasil la tercera parte de la población vive en estado crónico de hambre. En Colombia cada día mueren de hambre cien niños.

La imagen nuestra de cada día consiste en que se casan dos desnutridos, una desnutrida concibe un ser desnutrido, el cual nace y crece desnutrido con las naturales secuelas de su avitaminosis: por eso en algunas zonas de nuestra región, entre los 15 y los 35 años el homicidio es la causa más importante de mortalidad. Conociendo la vida espléndida de perros y caballos en algunas comarcas de la América Latina, ni siquiera resulta cierto lo que advertía Cornejo, el líder peruano: que los perros y caballos nacen como personas y las personas como perros y caballos.

3.— Correr para permanecer en el mismo sitio.

Hay algo que no debe callarse, algo que debe decirse oportuna e inoportuna-mente: es que en buena parte nuestros males tienen raíces externas a nosotros mismos, que queremos despejar a toda prisa en busca del tiempo perdido pero mientras nosotros hundimos el acelerador alguien hunde también el freno lo que hace que nuestro desarrollo sea más lento y más costoso, que rodemos quemando llanta, cuando si tuviéramos la pista despejada podríamos llegar antes a la meta.

Esta es una verdad que hay que decir-la en todos los tonos y a todos los vientos, precisamente para preservar la democracia, para consolidar la libertad. Hace algunos años, de viaje por Europa el entonces presidente Frondizi decía que ni América ni Occidente pueden correr el riesgo de albergar en su seno el peligroso fermento de una América Latina de escaso desarrollo. Lo mismo puede decirse de otras áreas de las que habitan los 1.600 millones de hombres del tercer mundo de dolor.

Toda la novelística isabelina está poblada por la imagen de aquellos caballos que para ser excitados a correr, llevaban delante de los ojos un dispositivo con zanahorias, que nunca lograban alcanzar. Los países en vía de desarrollo, entre ellos los de nuestra región, tienen delante de sí ese dispositivo que persiguen jadeantemente sin que consigan aprehenderlo porque las potencias consumidoras les anulan el esfuerzo con el deterioro de los precios de los productos primarios.

En 1950 los países desarrollados transferían un 0.3% de sus ingresos globales como inversiones no propiamente dadas a las áreas periféricas. Estas transferencias alcanzaban en 1962 a un 0.7% lo que supondría un aumento de 0.4%. Pero la realidad es

diferente: en 1962 tales transferencias fueron de 6.600 millones de dólares a los cuales hay que restar pérdidas por 3.600 millones de dólares provenientes del deterioro de las relaciones de intercambio en el mismo trayecto desde el año 50; al saldo de 3.000 millones de dólares hay que quitarle todavía el aumento en los intereses y dividendos que los hizo ascender a 2.600 millones de dólares, lo que deja un total neto de transferencias de las potencias desarrolladas a las áreas periféricas de sólo 400 millones de dólares.

¿Qué ha pasado? Que el aparente aumento de un 0.4% no existió porque la ruptura en la relación de precios lo absorbió. Si se tiene en cuenta que los ingresos globales de las potencias consumidoras han crecido considerablemente, hay que concluir que en la práctica el porcentaje de transferencias ha disminuído. Es decir, nos estamos desenvolviendo.

Como en el pasaje de Alicia en el país de las maravillas, la verdad es que tenemos que correr sudorosamente para permanecer en el mismo sitio.

La apariencia hace creer que avanzamos por que hay más automóviles cada vez más largos por las tortuosas carreteras, porque las agujas de los televisores apuntan por sobre el techo de las casas, sin piso y sin servicios, y porque en algunos sectores industriales estamos consiguiendo el autoabastecimiento. Pero el impacto global indica que en tanto que de 1950 a 1962 las exportaciones de los países desarrollados pasaron de 19.200 millones a 28.900 millones de dólares, es decir aumentaron en un 50%, la participación de las áreas en desarrollo bajaba de un tercio en 1950 a apenas algo más de un quinto en el año 62; lo cual, a juicio de las Naciones Unidas, conducirá en 1970 a un déficit global de 20.000 millones de dólares.

En el mismo período la relación de

precios entre los productos primarios y los manufacturados sufrió una disminución del 26% a consecuencia del alza en estos últimos. En otras palabras, el mercado manufacturero ha venido deprimiendo todos los esfuerzos de exportación de las áreas del tercer mundo, erosionando la capacidad de compra que surge de su volumen de exportaciones. Y recientemente Carlos Lleras, Presidente de Colombia, denunció el hecho de que un Jep que hace 15 años nos costaba 17 sacos de café ahora nos cuesta 67 sacos. Tanto es así que en la Conferencia sobre Comercio y Desarrollo de Ginebra, Prebish pudo dirigirse sin respuesta al señor Woods, presidente del Banco Internacional, en el sentido de que lo que esta entidad hace con la mano lo borra con el codo, las fuerzas del mercado internacional que accionan los hilos visibles e invisibles de las potencias consumidoras.

4.— Los varios rostros de América.

Todo lo anterior es apenas una breve reseña de indicadores de la situación de subdesarrollo de la región latinoamericana que ciertamente no se ha producido por generación espontánea.

En América Latina, lo que se conoce como subdesarrollo representa una formación económica que surgió en los años treinta, que creció y alcanzó su madurez en las décadas del cuarenta y del cincuenta, y que en los años sesenta manifestó todas las limitaciones, los impases y los desajustes que le eran inherentes.

Se conoce el esquema del viraje operado por las economías latinoamericanas a raíz de la crisis mundial de 1930: hasta este año, nuestras economías exportaban productos primarios hacia los países avanzados e importaban de éstos los bienes manufacturados de consumo corriente; a partir de este año,

nuestras economías siguieron exportando productos primarios, pero, en lugar de importar bienes manufacturados de consumo corriente, comenzaron a importar maquinaria para producir con ellas aquellos bienes.

Algo nuevo apareció así en el seno de las economías latinoamericanas: apareció la industria liviana, productora de manufacturas de consumo inmediato para los mercados internos, una industria que iba a depender de los ingresos de divisas provenientes de las exportaciones de bienes agropecuarios para adquirir los bienes de capital necesario a su funcionamiento. El auge de los años treinta y de la postguerra estuvo presidido por el desarrollo de la industria manufacturera, y este desarrollo encontró su manifestación más evidente en la formación de las grandes ciudades latinoamericanas.

Pero, en la generalidad de estos países, la modernización económica y social no tocó el campo, apenas si se extendió al sector agrícola: mientras en diez o veinte años surgían aquí y allá ciudades populosas, mientras las nuevas industrias de alimentos, textiles, bebidas, calzado y vestuario transformaban, por su fuerza de atracción, en un plazo histórico brevísimo, las aldeas de ayer en los centros urbanos más modernos, los campos de América Latina continuaban en el siglo XIX.

Al lado del nuevo y pujante capitalismo urbano, la tierra continuaba dividida en latifundios improductivos y en minifundios anti-económicos, los trabajadores del campo continuaban privados de la tierra por el monopolio que sobre ella ejercían los terratenientes o eran todavía sometidos a métodos de explotación semi-feudal, al pago de tributos y de prestaciones. Con la excepción mayor de Méjico, que había conocido previamente una revolución agraria, los países latinoamericanos vaciaron su vida urbana en los moldes

de la modernidad mientras sus campos conservaban las antiguas estatificaciones.

Pero el hecho de que un país tenga una economía dual —a la vez moderna y anticuada— no significa que tenga dos economías. El subdesarrollo es una economía dual, pero una sola, un sistema unitario.

Esto significa que cada uno de los dos sectores en que se divide su organismo económico no puede funcionar con independencia del otro, y que lo que sucede en un sector termina por afectar al conjunto.

Mientras surgía una industria y se desarrollaban las ciudades, el campo mantenía su atraso. Por eso hay varias Américas: una en Río, o en Méjico, o en Caracas o en Buenos Aires en que vivimos en el siglo XX; otra en nuestras aldeas, en que se vive en el siglo XIX; aun otra, en vastos territorios en que están apenas en la etapa del descubrimiento, a finales del siglo XV.

Pero la industria dependía del campo: allí se producían los artículos de exportación que iban a suministrar las divisas necesarias para importar maquinaria. También, el campo era una parte importante del mercado interno para los bienes manufacturados producidos por la industria. El estancamiento del sector rural significaba que el monto de las divisas disponibles no podía aumentar en forma considerable, y que el mercado interno para los bienes manufacturados sólo podía expandirse en forma limitada. El desarrollo industrial y urbano, hecho a espaldas del campo, pero estrechamente dependiente de éste —como fuente de divisas y como mercado para las manufacturas—, no podía quedarse sin pagar sus progresos solitarios.

En las primeras décadas del desarrollo industrial latinoamericano, la economía urbana, embriagada por el ritmo de su avance, apenas si se detuvo

a considerar la debilidad de las bases sobre las que se levantaba, apenas si se dio cuenta que operaba con herramientas prestadas. En Colombia las plantas industriales, las máquinas y los equipos que introducían lo colombiano en la modernidad, habían sido cambiados por el producto del trabajo de minifundistas y de aparceros rústicos, materializado en café.

En la generalidad de los países latinoamericanos, las plantas industriales, y con ellas la vida moderna, habían sido cambiadas por otros productos alimenticios no elaborados, o por una materia prima agropecuaria o mineral. En última instancia, podría decirse que nuestra civilización industrial era creada por campesinos explotados y analfabetos, que conservaban su calidad de tales mientras que otros levantaban una vida nueva sobre su miseria.

Pero esta cómoda repartición de los papeles no podía durar por mucho tiempo. Mientras la industria se limitó a apoderarse del mercado que antes había sido abastecido por las manufacturas extranjeras, mientras se limitó a hacer suyo su mercado previamente existente, la baja capacidad de compra del campesinado podía ser considerada como un problema humano, como objeto de preocupaciones caritativas, pero no como un problema económico, no como un fenómeno con alguna incidencia en la organización socioeconómica.

Asimismo, mientras la industria, para importar sus equipos, se limitó a utilizar las divisas con las que antes se compraban artículos extranjeros de consumo, la baja productividad del campesinado era apenas considerada, en tanto implicaba un bajo nivel de vida, como un problema humano, pero no como un fenómeno de importancia económica general.

Llego, sin embargo, el día en que la

industria manufacturera se hizo adulta. Fue cuando creció hasta el punto de copar la demanda interna de bienes de consumo, haciendo innecesaria la importación de este tipo de productos. En el proceso de su crecimiento, necesitó cada vez un número creciente de divisas. Pero el estacionamiento del campo, la baja producción agrícola exportable (y en el caso de los países latinoamericanos, su poca diversificación, como reflejo de la estratificación de las estructuras agrarias), apenas si habían permitido acrecentar el ingreso de divisas.

En ningún país latinoamericano, de nuevo con la excepción de Méjico —y con la de Venezuela, por sus condiciones petroleras especiales—, las disponibilidades de divisas, en los últimos treinta años, aumentaron a un ritmo siquiera parecido al de la expansión de las necesidades de importación, determinadas por el desarrollo industrial.

El atraso del campo —fuente de exportación y de divisas—, iba a repercutir así sobre el sector urbano.

De otra parte, copado el mercado de manufacturas de consumo corriente que la industria extranjera había tenido que abandonar en el año 30 y que la protección arancelaria le había impedido recuperar, las industrias nacionales comenzaron a mirar como un límite la baja capacidad de compra de las masas campesinas. También así, por la estrechez del mercado que de él se derivaba, al atraso del campo iba a repercutir sobre el sector urbano.

La escasez de divisas para importar equipos industriales y la estrechez del mercado para las manufacturas producidas internamente, desviaron, de pronto, masas crecientes de capital de la esfera de producción hacia la especulación con tierras y valores.

El mayor ritmo de crecimiento de las necesidades de importación en comparación con el del aumento de las dispo-

nibilidades de divisas terminó por desatar, en todas partes, en Argentina, en Brasil, en Colombia y en el Uruguay, una espiral inflacionaria como solo la han conocido muy pocas regiones del globo.

Hoy, la inflación deprime por igual la inversión industrial, en el empleo productivo, estrecha parecidamente los mercados internos por la reducción que significa de la capacidad real de compra de las masas campesinas y urbanas.

Pero, en definitiva, el centro de los males que afecta el desarrollo industrial latinoamericano —la escasez de divisas, la inflación, la estrechez de los mercados internos— tiene un nombre: el atraso del sector rural.

La venganza de nuestros campos (mantenidos en el pasado), sobre nuestras ciudades (instaladas en la modernidad) consistió finalmente en crear, en el seno de la vida urbana, una economía dual.

Al lado de las más modernas fábricas y de los más modernos establecimientos comerciales, centenares de miles de pequeños talleres y comercios funcionan con los más bajos niveles de productividad.

En Colombia, al lado de cerca de 300 mil obreros industriales, para todo el país, existen en solo tres ciudades más de 100 mil desocupados, y mientras la productividad por persona de aquellos 300 mil obreros industriales es de cerca de 13.000 pesos (a precios de 1958), existen cerca de 600 mil artesanos que tienen una productividad por persona de un poco más de 1.500 pesos anuales (a precios de 1958). (Datos de Planeación).

¿Pueden considerarse siquiera a medias ocupados esos 600 mil artesanos cuyo trabajo arroja una productividad ocho veces menor que la de los obreros industriales? ¿Pueden considerarse verdaderamente ocupadas las 552.000

personas que en 1963, según estimativos de CEPAL, se ocupaban en servicios personales? La desocupación abierta y disfrazada, que es del orden de centenares de miles en el sector urbano colombiano, es un fenómeno común a todos los países latinoamericanos y tiene, en último análisis, su causa en el atraso de nuestros campos, ya que, como lo señalábamos, este atraso fija un límite al desarrollo industrial al estrechar el mercado interno para las manufacturas y, sobre todo, al afectar los ingresos nacionales de divisas.

5. — Los Agentes impersonales de la subversión.

No podemos extendernos sobre la descripción del subdesarrollo latinoamericano. Baste lo dicho para señalar los agentes altamente subversivos que el subdesarrollo entraña: ante todo, el atraso de los campos, la desocupación parcial que representa el minifundio, la explotación a que se ven sometidos los aparceros, la desocupación total y los bajos niveles de vida del campesinado; en seguida, la desocupación abierta y disfrazada de una parte considerable de la población urbana.

Señalemos igualmente los principales agentes económicos de la subversión en el subdesarrollo: ellos son, la escasez de divisas (o su baja disponibilidad en relación con las necesidades de importar), la inflación, la estrechez del mercado y la inversión especulativa.

La escasez de divisas proviene originalmente del atraso del campo, fuente de las exportaciones. Al escasear las divisas en relación con las necesidades de importación de bienes de capital, aumenta su precio y aumentan por consiguiente los costos de importación. El mayor costo de los equipos importados eleva los costos de producción, y por tanto el precio final del

producto. El aumento de los costos de producción originado en el encarecimiento de los equipos importados es el motor inicial de la inflación de precios. La inflación reduce la capacidad de compra de las masas y hace aún más estrecho el mercado. La falta de divisas y la estrechez del mercado desalientan la inversión productiva y estimulan la especulativa.

Y todo este proceso se expresa finalmente en la **desesperación de las clases populares, en el resentimiento de las clases medias y en el desengaño de las gentes de ideas, intelectuales, profesionales, artistas, eclesiásticos, militares, trabajadores organizados, estudiantes.**

El atraso del campo, la inflación, la estrechez del mercado, inversión especulativa: he ahí los agentes impersonales de la subversión en América Latina.

Los agentes personales, los individuos que se dedican a organizar y fomentar la subversión, no son más que productos de aquéllos.

Los agentes impersonales de la subversión producen a los elementos subversivos a través, principalmente, de los climas psicológicos que acaban de enunciarse: la desesperación del pueblo, el resentimiento de las clases medias, el desengaño de las gentes que piensan, La desesperación de las masas aporta a la subversión el grueso de sus tropas, el restablecimiento de las clases medias le aportan sus "cuadros medios", aporte de una mística fanática, y el desengaño de las gentes de ideas le aporta sus estrategias y sus cuadros dirigentes.

Pero para que las masas desesperen, para que las clases medias urbanas lleguen a tener una actividad determinada por el resentimiento, y para que los profesionales, los técnicos y los intelectuales pierdan toda ilusión en relación con la sociedad en que viven, no basta que existan los "agentes imper-

sonales de la subversión", no bastan la inflación, la inversión especulativa, los bajos niveles de vida y la desocupación masiva abierta y disfrazada.

Es necesario que, además de todo lo anterior, exista en todas las capas referidas de la población el sentimiento de que los hombres que se encuentran al frente del aparato estatal -los funcionarios, las fuerzas militares, los eclesiásticos, los dirigentes de los partidos y de la vida económica -financistas, industriales-, ni se proponen realizar un cambio ni están dispuestos a permitir que otros lo hagan a través de un relevo en el poder por las vías normales.

Uno de los trayectos más hermosos de la filosofía de la existencia, es aquel en que se proclama el doble sendero del tiempo: hay un tiempo palpable, astronómico, casi duro, el de las manecillas del reloj, el tiempo físico que estuvieron Glenn y Titov mirando, desde las alturas, el torbellino de insensatez de su pueblo y de nuestros pueblos; hay otro tiempo inasible, apenas capturable por la historia o por sus analistas y por sus filósofos, según el cual ni las cosas ni los hombres nacen o mueren cuando físicamente mueren o nacen. Cada alumbramiento y cada eclipse, vienen desde atrás o se prolongan. Nacemos desde el drama, desde el descuaje del monte que sirve de áspero escenario a la vegetación, desde la alegría o desde el campo de concentración, en el sentido de que llevamos las huellas de júbilo o infortunio que nos anteceden. Morimos mucho después o inmediatamente, según que ningún acto por el hombre que es nuestro hermano en el tiempo quede como vestigio de nuestro tránsito por el mundo, o según que un testimonio de generosidad o alevosía proyecte nuestra sombra.

Ahora, a los habitantes del tercer mundo y particularmente a los diri-

gentes y en ellos de manera especial a las élites militares, se nos propone un desafío, aquella condición necesaria para crear una forma de vida dirigida hacia arriba, según el pensamiento de Toynbee.

Nos corresponde vivir el tiempo social que deje testimonio de almas en acción y no de almas dormidas, frente al espectáculo de un mundo aprisa, que reclama de nosotros actitudes similares hacia la aceleración del ritmo del desarrollo económico y el bienestar social. Detrás del atraso se esconden las formas de menoscabo de la libertad, se esconden los virus que corren el cuerpo amado de la democracia. El más eficaz estímulo del comunismo reside en la prolongación de estructuras feudales, en la tenencia de la tierra y en el manejo del capital. Y reside en el mantenimiento de grandes zonas, campesinas y urbanas, sumidas en la ignorancia, sin salud, ni pan, ni techo, ni esperanza. Esas carencias y esas ansias son la subversión.

Se han dado muy diversas denominaciones al problema principal de América Latina en esta década. Cualquiera que sea el diagnóstico, solo hay un camino para vencer el atraso, la ignorancia y responder a las ansias de sectores cada vez más amplios del pueblo: ese camino consiste en crear las condiciones reales, de orden cultural, moral, económico, para que nuestra región viva realmente en la época moderna. La abrumadora distancia entre las condiciones de vida de un obrero calificado y las de un pequeño propietario rural; y entre las de éstos y las de las clases de altos ingresos, demuestran con evidencia que todavía vivimos en épocas superadas por países más felices o más tenaces que el nuestro.

Por fortuna, se va haciendo ya conciencia de hechos cuyo tratamiento hace veinte años era una aventura. Se sabe, por ejemplo, que no es necesario

apelar a los sangrientos pavores de la revolución violenta para lograr que la estructura social sea más justa y que los beneficios de la higiene y la cultura se repartan de modo más equitativo; se sabe, también que la técnica económica y social de los países desarrollados puede aplicarse en el nuestro para acelerar el desarrollo y para distribuir más justamente el ingreso, si se dota al estado de instrumentos idóneos. Emplear estas técnicas adecuadamente es empresa que depende de la preparación y de la decisión de quienes dirigen a la sociedad, entre ellos de los empresarios, sindicalistas, eclesiásticos, Militares, en fin equipos preparados para enrutar la región hacia su modernización, como tratamiento de fondo de la subversión.

Ese tratamiento de fondo, repitámoslo como un ritornello, consiste en eliminar los agentes objetivos que hacen de América Latina escenario natural para la subversión. Y esos agentes, como antes se vio, son internos y externos.

Frente a los factores externos que deprimen estas áreas, no podemos dormir más, en silencio, la siesta de la resignación en la actitud acomodaticia del Lecho de Procusto: en la leyenda griega, el bandido que asoló el Atica hasta cuando Teseo lo eliminó con el mismo procedimiento, colocaba a sus prisioneros sobre una cama de hierro y con su espada les cortaba los pies cuando excedían la longitud del lecho o los hacía estirar hasta la misma longitud, atándolos con cuerdas, cuando no la alcanzaban. Los países de América Latina ya no se resignan a ese tratamiento en el que, cuando no hacen esfuerzo por avanzar, se les estira con toda suerte de procedimientos para hacerles imaginar que caminan, como

quien trepado en una rueda que gira en la que tiene que correr para no matarse se hace la ilusión de que va adelantando cuando realmente corre en el mismo sitio; ni se resignan a que ahora cuando por su propio esfuerzo empiezan a no caber en el lecho, se les corten los pies porque el dinamismo interno es aniquilado por la quiebra de los precios externos. Los factores foráneos de orden político tienen ciertamente su carga de peligrosidad, pero quizá no tan explosiva como la que determinan los hechos anteriores.

Después de haber tenido el privilegio de dirigirme a este auditorio de tan alta categoría para examinar temas tan delicados como los anteriores en calidad de testigo desde otros ángulos, espero que abonen a esta conferencia su amigable franqueza. Participaciones temporales pero intensas en la actividad política me han permitido comprender ampliamente la complejidad de la tarea que corresponde a las Fuerzas Militares, y sobre todo, el grado de abnegación que implica una misión cuyo profundo significado no siempre están dispuestos a atender y aceptar los distintos estamentos de la sociedad: considerar unos que deben estar sistemática y ciegamente a su servicio así sea para defender las causas más injustas, y otros ven en ellas la representación armada de la injusticia. Pero la claridad que día a día se va haciendo sobre todos los problemas de nuestros pueblos, permitirá que a la postre haya unanimidad sobre el verdadero papel de las fuerzas armadas, sobre la nobleza de su razón de ser y sobre los fundamentales aportes que pueden hacer y están haciendo en su calidad de sector clave y altamente preparado para acelerar el tránsito de América de la edad pastoril a la época moderna.